

Israel y de Judá pudieran decir que lo había olvidado: aun que pues en los confines de la tierra de Canaan se hallaban enclavadas las ciudades de Tiro y Sidonia, dentro los límites de la provincia de Siria, en la Fenicia, no quiso dejar Jesús de visitarlas, puesto que pertenecian á la tribu de Assér. Es verdad que tanto esta como las de Neptali, Fabulon y Manasés, que estaban vecinas, no habian destruido, segun el órden de Dios, á todos los idólatras poseedores de la tierra que debian ocupar; mas sin embargo, eran asimismo un objeto de las atenciones del Salvador, por mas que después de la vnielta del cautiverio de la Asiria, los judíos residentes en ellas estuviesen confundidos con los cananeos, que á la sazón tenian el nombre de fenicios ó de sirofenicios. A estos pues que eran una porcion del campo que él mismo habia de cultivar por su propia mano, fué á ofrecerles la luz, porque estaban rodeados de paganos, sumergidos en las tinieblas de la idolatría.

Es indudable que la escabrosidad de los valles que rodean el Líbano y la inmediación de los mares, eran una de las causas por la que los hijos de Israel no habian podido expeler ni exterminar enteramente los gentiles de la tierra de promisión; por lo que introducido entre ellos el culto de los dioses falsos, y mas apartados de los preservativos que suministraba á sus hermanos la ciudad santa, habian de ser un objeto mas particular de las atenciones del Hijo de Dios. No sabemos por cuánto tiempo trabajó y se mantuvo el Señor en estos países, pues parece que de ello no nos hablan los historiadores sagrados, sino para darnos á conocer que ninguna porcion del pueblo de Dios fué despreciada por el Mesías, y acaso tambien para oponer á la infidelidad de los hijos de Abraham la fe de una mujer extranjera.

Saliendo pues Jesús de Nazareth, se encaminó á los confines de Tiro y Sidon, y habiendo entrado en una casa para descansar de los trabajos del camino, sin que nadie lo supiese, se acercó á él una mujer cananea, gentil y sirofenicia de nacion, la cual tenia una hija poseida del espíritu inmundo, y encontrando á Jesús clamaba diciéndole: *Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio.* Mas Jesús no le respondió palabra. Importantes son las expresiones con que concibieron

los Evangelistas la introduccion para referir este nuevo milagro con que se extendió por todo aquel país la llegada del Bienhechor universal. Ocultas están en los consejos de Dios las causas porque el Salvador sale de una tierra para ir á otra. Mas aun en esto aprende de la fe, que es el Señor de sus dones y que los da y reparte á quienes quiere, porque nada nos debe. Como sale Jesús de una tierra para ir á otra, tambien sale la mujer de los confines de las tierras gentiles y pecadoras para ir en busca de la Majestad divina; lo que enseña y significa que la alma pecadora ha de salir de los confines de los pecados por el camino de la penitencia para encontrar al Salvador, porque no basta al hombre apartarse de los pecados, si no sale de los confines de ellos, que son las ocasiones y causas de pecar.

Segun el contesto evangélico, parece que Jesucristo no se manifestaba aun á los gentiles y que evitaba su comercio; pero que por un especial favor quiso darse á conocer á una sola cananea, para hacer una grande demostracion de su misericordia. Fuese pues que ilustrada ella con una luz superior, entrase á buscarle en el lugar donde moraba, ó fuese que inspirada supiese el tránsito por donde habia de pasar, es cierto que luego que lo vió iba clamando detrás de él, y que los apóstoles que rodeaban á su Maestro y creian saber sus intenciones, no la permitian que se acercase. Habia oido la fama de los milagros que obraba Jesús, y creia con firmeza que podria sanar su hija; de ahí venia el continuo clamoreo con que á él se dirigia, saludándole como á hijo de David para que tuviese compasion de ella y de su hija. ¿Y podia dejar de atenderla el que con infinita bondad iba á salir al encuentro á los que no le buscaban? ¿El que sin ser rogado se metia por la region de los gentiles para traerlos á todos de las tinieblas á la luz y llenarlos de todos sus dones? Para buscar á Jesús salió la mujer extranjera de los confines de su país; para hallarle debe desposeerse el corazon humano de los afectos terrenos y entregarse á la mortificacion y penitencia. La sabiduría de los que alcanzan la salud no se halla entre los regalos y delicias de la tierra. Abraham tuvo que salir de su país natal para merecer la bendicion de Dios. Lot salió de Sodoma por no perecer entre los incendios, y los mismos hijos de Israel nunca hubieran entrado en la tierra de promision si no hubie-

ran salido de Egipto. No es extraño pues que esta mujer saliera de los lindes de Sidon para encontrar á Cristo. Hallóle y clamó á él. En el hallazgo está una parte del premio de su fe; y en la curacion que después obtuvo para su hija está el cumplimiento de aquel premio; porque su súplica iba acompañada de la humildad, y rubricada estaba por la esperanza.

Opusieronle un obstáculo los discípulos del Salvador para que no se acercase á él, mas este no fué sino como el prelude de otros muchos que después había de encontrar para conseguir lo que tan confiadamente suplicaba; de modo que puede asegurarse que hasta entonces no había hecho el Señor desear tanto tiempo á nadie sus misericordias y sus gracias. No pudiendo acercarse á Jesús la fervorosa mujer, levantaba mas la voz y clamaba con mas fuerza para ser oída: *Señor, Hijo de David, tened piedad de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio; yo imploro vuestro socorro.* ¡Dichosa madre que está pasada de dolor viendo á su hija poseída del demonio! Mas no le respondió el Señor ni siquiera una palabra, porque queria evitar por entonces la calumnia del pueblo, si le veían predicar á los gentiles. Juntamente quiso que con su disimulo resplandeciese mas la fe de la suplicante. En la dureza aparente con que muchas veces suele tratarnos Dios, está escondida la verdadera clemencia; con la que tambien nos prepara sus dones. Dichoso aquel que en estas pruebas no desmaya ni enflaquece, sino que aviva mas su fe con nuevos gemidos, mostrándose agradecido á los saludables rigores de la misericordia. Al paso que Jesús no daba muestras de rendirse á las súplicas de la cananea, ni aun volvía sus ojos hácia ella, redoblaba esta sus clamorosas instancias tanto, que fatigados los apóstoles y movidos de su constante perseverancia en clamar y llorar, se hicieron sus intercesores, acercáronse á Jesús y le dijeron: Rogámoste, Señor, que la despaches favorablemente; concédela lo que pide, siquiera porque no nos incomode, pues viene gritando tras de nosotros. Que fué lo mismo que decirle: Bien sabemos que habeis venido á instruir desde luego á los hijos de Jacob; mas esto no impide el que oigais de paso los ruegos de una extranjera que os manifiesta tanta confianza. Ceded

por lo menos á su importunidad; á lo que respondió el Señor: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Aspera y dura sobremanera parecia la contestacion de Jesús, y nada prometia favorable á la mujer de Canaan. Nada al parecer detuvo al Señor, sino que acelerando su paso se entró en la casa donde queria mantenerse oculto hasta la mañana siguiente. Pero la mujer, constante en su fe y animada por la esperanza, siguió á Jesús, entró, arrojóse á sus piés y le adoró diciendo: *Socórreme, Señor;* y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio. Claramente se vió en esta ocasion cuánto quiere Dios que se le pida con fervorosa instancia, ardiente fe, humildad profunda y confiada esperanza, aun aquello mismo que él desea dar; y se conoce tambien cuánto se alegra que desconfiando de nosotros mismos le pongamos por intercesores sus santos y escogidos para que rueguen por nosotros. No se incomodaban los apóstoles por el grito de la fe, sino que deseaban con ansia verla premida, y por esto interpusieron su oracion. A los clamores y súplicas de la cananea sola, calló el Señor; cuando se unió el ruego de los apóstoles, le desechó su bondad. Cerradas pues parece que estaban las puertas de la benignidad para esta mujer gentil. Mas cómo la fe hace hijos de Abraham á los que no descienden de él segun la carne, la cananea, hecha fiel por el don de Cristo, no estaba excluida de la salud que trajo al mundo. Así fué que en protexcion de esta misma fe, tan luego como le fué posible, se acercó al Señor, se postró y le adoró. A la oracion desatendida añadió la adoracion. La fe la acercó á Dios, la humildad la postró en su presencia, la confianza la dió aliento para perseverar. Al fervor del espíritu nadie le puede robar la confianza, por consiguiente, no hay cosa que estorbe en él la oracion; pero Jesús, que todavía deseaba acrisolar mas y mas la fe de la buena madre, la respondió: *No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.* Como hijos trata el Señor á los judíos, á pesar de su deslealtad. ¿A quién no conmueve esta mansedumbre de Cristo? ¿Quién tendrá ánimo para volver mal por mal? Seguramente que tanto como se descubre la aparente resistencia de Jesús en consolar á la mujer, tanto mas brilla y enaltece la fe de esta desventurada.

Misteriosa mas que dura aparece esta respuesta de Jesús. Ella es como la piedra de toque con que se descubren y conocen los quilates del mas precioso de los metales, porque con ella se descubren tambien todos los quilates de la fe de esta mujer portentosa y singular. No se queja de la afrenta con que la trató Jesucristo, antes bien se prevale de ella misma para dar mas brillo y fuerza á su ruego. Este es el ingenio de la humildad, esta es la elocuencia de la fe; abatirse y humillarse mas cuando el Salvador mas la reprocha y mortifica. No me quejo, Jesús mio, porque me tratais de perra; antes al contrario, yo os confieso que soy mas asquerosa que los perros; pero bien, vos sabeis que tambien los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. El peador que de veras busca á Dios y desea salvarse, no extraña que le traten con la severidad santa que es parte de la penitencia; todo le parece dulce y verdadero en acordándose que merecia el infierno; su afán es aprovecharse de esta severidad para alejarse mas de la culpa. Sujétase con gozo á las leyes y al espíritu de la Iglesia; agradece la humillacion que le hace digno de perdon; tiénese por muy dichoso de sujetarse á las reglas del Evangelio, para merecer por este medio que le mire Dios con misericordia. No busca la seguridad del perdon en la pronta absolucion, sino en la perseverancia de la oracion, que es lo que fortalece al alma en el bien y la arraiga en su santo propósito; y esto es lo que manifestó esta tan fiel como importuna mujer en la heroica perseverancia con que insistió en suplicar al Salvador, por lo que dijo san Gerónimo [1]: En la mujer de Canaan se descubren maravillosamente la fe, la paciencia y la humildad de la Iglesia. La fe, porque creyó que su hija podia sanarse; la paciencia, porque tantas veces despreciada, todavia persevera rogando; la humildad, porque se compara, no con los perros, sino con los cachorros.

Contempla igualmente el Crisóstomo la humildad de esta mujer, y no puede menos de exclamar [2]: ¡Oh paciencia y humildad verdaderamente admirables! Dios llama hijos á los judíos y ella los

[1] Hieronim. in cap. 15 Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 15 in Math.

llama señores; ni se resiente porque el Señor alabe á sus enemigos, ni se enfada por el sonrojo y desprecio que sufre, sino antes bien mucho mas se humilla. Jesús llama perros á los gentiles, y esta se compara á los cachorros; aquel resiste al parecer que se le dé pan, y ella solo pide que se la permita comer de las migajas que caen de la mesa; que fué lo mismo que si hubiera dicho al Señor: Yo sé bien que no merezco el pan de los hijos, y que con ellos no merezco tomar la comida ni sentarme á la mesa con el Padre; pero yo me contento con los mendrugillos que se arrojan á los cachorros. O mas bien fué decirle: Vos derramais con profusion los favores sobre los descendientes de Abraham; yo no espero sino la mas pequeña de las gracias de que sois pródigo con ellos. Tres peticiones se descubren claramente en la cananea: en la primera pide la libertad, pues dice: *Ten compasion de mí, Señor, Hijo de David*. En la segunda pide la ayuda de Dios, porque conoce su debilidad; por lo que añade: *Señor, ayúdame*; y en la tercera pide verse saciada de alguna manera, y así concluye: *Porque los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores*. En la primera se confiesa esclava, en la segunda enferma, en la tercera mendiga. Este es pues el órden: el hombre se hace primero esclavo por el pecado, después impotente para salir por sí mismo de tan infeliz estado, y por último se hace mendigo, porque tampoco puede relevarse de los males con que se ve afligido. En estas tres peticiones se significan y representan los efectos de la gracia: en la primera, la gracia de la remision, que pertenece á la gracia justificante. En la segunda, la del bien obrar, que pertenece á la gracia operante. En la tercera, la de consolacion, que corresponde á la gracia consumante.

Antes de presentar la honrosa confesion de Jesucristo en favor de esta mujer desventurada, preciso es indicar, aunque sea como en compendio, los motivos que tuvo su Majestad divina para proceder tan ásperamente con ella. Los judíos del tiempo de Jesucristo, extremadamente orgullosos y no menos preocupados, creian que el Dios omnipotente era solo Dios suyo y no el Dios de los cananeos, ni de los egipcios y otros pueblos extraños; que la promesa del Mesias, la salud, el reino y la felicidad, era una gracia y un beneficio

otorgado exclusivamente á su nacion. De aquí es que miraban á los gentiles y extrangeros como á animales inmundos, réprobos é indignos de los cuidados de Dios, de su providencia y de su amor. Tal es la idea que los judíos tenían de los gentiles, y esta preocupacion fué el origen de su obstinada resistencia al Evangelio. En el largo diálogo que tuvo el Salvador con la cananea, indica esta opinion tan absurda, y bien lejos de confirmarla la refuta indirectamente con los hechos; y si rehusa al pronto conceder á la cananea la gracia que le pide, es para probar su fe y llamar la atencion de los circunstantes, dando á entender que tenia muchos electos, así entre los judíos como entre los gentiles, y que estos tuvieron alguna vez mas fé y docilidad que los primeros. Y si bien dice que ha venido á pastorear las ovejas perdidas de la casa de Israel, tambien asegura que vino á salvar todos los hombres y predicar el Evangelio, primero á los judíos y después á los gentiles; y que de todos los hombres no habrá mas que un rebaño y un pastor. Dios quiera salvar á todos los hombres y que vengan al conocimiento de la verdad.

Al oír Jesús la humilde y paciente respuesta de la mujer de Canaan la replicó diciendo: Oh, mujer, grande es tu fe; que se haga contigo como lo deseas; porque has pedido con humildad y perseverado con constancia, has sido oída. Vuelve á tu casa y encontrarás á tu hija libre del demonio. En el punto en que te hablo la ha abandonado el mal espíritu. De la caridad de aquella mujer nació la grandeza de su fe. Dejóse doblar Cristo de la vehemencia del amor. ¿Y cómo podía dejar de atender los ruegos del amor el que por amor bajó del cielo y murió en una cruz? Permitió Jesús tan reiteradas súplicas para que resplandeciese mas la fe admirable de la mujer y para que se viese tambien brillar á la par la liberalidad con que él recompensa los actos del amor. Quedó sana la hija de Canaan, porque en nada dudó la madre que por ella pedía. Marchó corriendo á su casa y encontró efectivamente libre á su hija, pero para siempre, de las impresiones de su perseguidor. ¡Oh, mujer! exclama el Crisóstomo [1]: Grande es tu fe; no viste un muerto resucitado, ni

[1] Div. Crisostom. Hom. 17 ex variis in Math. Locis.

un leproso repentinamente limpio, ni oíste á los profetas, ni meditaste en la ley santa del Señor, ni viste tampoco cómo el mar se partía y dividía; nada de esto pudiste ver ni contemplar, y siendo sin embargo despreciada y sonrojada por mí, no te retiraste, sino que perseveraste pidiendo; y porque ha sido tan grande tu fe, por esto ha sido tambien copiosa la gracia que sobre tí se ha derramado; levántate consolada porque está ya sana tu hija.

Roguemos pues con mucha instancia y fervor á Dios nuestro Señor para que libre nuestras almas y las saue de los pecados, por los que son malamente atormentadas del demonio. Clamemos al Señor con humildad y perseverancia, diciéndole con la mujer de Canaan: Ten compasion de mí, Señor, Hijo de David; y Señor, ayúdame. Mi alma está muy atormentada del demonio, porque no cesa de pecar y persevera en el crimen; si empero se convirtiese bien y no desesperase de la misericordia del Señor, se le dirá por el piadosísimo Jesús: Hágase como deseas; y quedará sana en aquella hora; porque en cualquiera hora que el pecador se convirtiese y llorase sus culpas y pecados, *vivirá y no morirá*. No desespere pues ni dejes de pedir, porque si pidieres con corazon puro y fiel, perseverando en la oracion y á la presencia del Señor te humillares, reputándote por indigno de su beneficio, cree firmemente que obtendrás cualquiera cosa que pidieres. Y así como los apóstoles rogaron por la cananea, el ángel del Señor rogará por tí, y tu súplica será bien y prontamente despachada.

Obrado este prodigio por Jesús y robado, por decirlo así, á su compasion en el retiro de su marcha, se apartó de los contornos de Tiro; vino por Sidon al mar de galilea; dió una gran vuelta por las fronteras de las diez ciudades que están junto al rio Jordan (de manera que corren sus aguas dejándolas á una y otra parte de sus corrientes); visitó todos los lugares ocupados por los judíos naturales y predicó en todas partes la venida del reino de Dios; llegando su Majestad á parar á la ribera occidental del mar de Tiberiades, donde no hacía ánimo de detenerse mucho tiempo, le presentaron un sordo y mudo, rogándole que pusiese sobre él la mano. No era este sordo ni mudo desde su nacimiento, ni por ninguna enfermedad

que le hubiese sobrevenido; éralo precisamente porque el demonio lo tenia privado de oír y hablar; así fué que en su curacion concurrieron tres milagros; porque oyó, habló y fué libre del demonio. Rogaban al Salvador que pusiese sobre él la mano, porque era Todopoderoso y todo lo habia criado. Grande es por cierto la virtud que tiene la mano del Señor para sanar y salvar, porque es la salud y la vida, el médico y la medicina, y sana todo cuanto toca, y da salud á todo aquel que mira. Y tomando el Señor al infeliz y apartándolo de la compañía de los demás, mojó sus dedos con su propia saliva y los metió en las orejas del paciente, y tocóle tambien la lengua. Aunque el Señor separó á una pequeña distancia al sordo y mudo, lo hizo de manera que pudieran verse todas sus acciones y oirse todas sus palabras. Levantó sus ojos al cielo para dirigir los ruegos á su Padre, mañtial inagotable de todos los bienes. Los bajó y los fijó en el infeliz á quien queria curar; suspiró en fin sobre su desgracia, y dijo en alta voz: *Ephetha*, término siríaco que significa *abrete*; á esta palabra se le desembarazaron los oidos, desatóse la lengua, entendió lo que se le decia y habló con entera facilidad y soltura.

No hay duda que dice muy bien el Evangelio santo que *por todas partes donde transitaba el Señor hacia bien á todos, y libertaba y sanaba todos los que estaban oprimidos por el diablo*. Este tránsito de unos pueblos á otros muestra la extension del celo del Salvador, y enseña la medida con que procede la caridad aun en el socorro de las necesidades espirituales. No detienen á Cristo en un país los aplausos que le prodigan las turbas, ni le apartan de él la envidia ni la calumnia de los fariseos; en todo procede conforme á los fines de su mision, dando pruebas de ella y haciendo donde quiera la voluntad de su Padre. Cuando pues en estas correrías se emplea tan incesantemente el Señor en hacer el bien, no es extraño note san Mateo [1]: Que las turbas que se juntaron al rededor de su Majestad, habian traído cada una de su canton un número grande de mudos, de ciegos, de cojos, de paráliticos y de enfermos

[1] Math. cap. 15, v. 30. in consuetudine ut ab eis duceret in orbem et

de toda suerte de dolencias, que los pusieron todos á sus divinos piés y que los sanó á todos.

Obró Jesús el milagro de la curacion de este sordo y mudo con toda la buena voluntad que le era propia y característica, conforma con los designios de su caridad y amor eterno para con el hombre; pero es de notar que antes de obrarlo puso sus ojos en el cielo, gimió de compasion, y como buscando el favor y ayuda de la mano de su Padre, mostró que era verdadero hombre; mas obrándolo, hablando con imperio y autoridad, acreditó que era verdadero Dios. Por el sordo y mudo entienden los padres y doctores de la Iglesia el linaje humano que nunca habia oído las amonestaciones ni la doctrina de la eterna salud, y así no alababa á Dios nuestro Señor; por él rogaban los patriarcas y profetas deseando la Encarnacion de Cristo nuestro Redentor para que pusiese sobre él la mano de la misericordia que sana al hombre por su venida en carne. Ciego es el hombre cuando mira las cosas que no son de ver, y sordo es cuando oye las que no son de oír; manco es, cuando extiende la mano á las cosas vedadas; tullido, cuando se levanta y enaltece por la soberbia; hidrópico, cuando codicia lo malo; lleno de lepra, cuando es despojado de las virtudes; y finalmente, es muerto, cuando con obstinacion y dureza defiende sus maldades.

El venerable Beda dice [1]: Que en estas acciones de Cristo se demostraron bien sus dos naturalezas, divina y humana. Gimiendo y suplicando á su Padre mostró que era verdadero hombre; y curando con una sola palabra al que era sordo, mudo y endemoniado, acreditó que era omnipotente y todopoderoso. Desata el Señor todos los días la lengua y abre las orejas de los enfermos para que oigan y hablen, cuando justificados ya por la gracia del que es Altísimo en la tierra y en el cielo, obedeciendo sin tardanza á las amonestaciones santas, y alabando con la lengua y el corazon al dador de todos los bienes, formamos aquí en la tierra coro con los espíritus celestiales, y bendecimos y alabamos con ellas al viviente por los siglos de los siglos. Tambien con el suspiro y gemido de

[1] Ven. Bed. in cap. 7 Marci.

Jesús nos enseñó su Majestad divina la gran diligencia que hemos de poner en traer cada día al servicio de Dios y á su santa obediencia á todos los pecadores, y que roguemos de continuo por ellos, pues tambien rogaron con interés al Salvador los que trajeron á su presencia el sordo y mudo á quien su Majestad divina se dignó curar. Sobre este mismo pasaje observa san Gregorio [1]: Que abiertas las orejas y desatada la lengua al sordo y mudo, habló perfectamente y dice: Que para darnos á entender que debemos anunciar y predicar á los otros las mercedes y gracias que recibimos de la mano del Señor, porque esto, al paso que es una heroica confesion, es tambien una excelente manifestacion de nuestra gratitud; pues lo contrario seria tener siempre cerrados los oidos é impedida la lengua; de lo que se quejó el Señor por Isaías diciendo [2]: Llamé y no me oyeron; hablé, y no hallé quien me respondiese. Segun lo cual, sordo es el desobediente, y mudo el que deja de dar á Dios las debidas gracias y cantar sus alabanzas. Por último, es tambien de notar que el sordo y mudo es libre del demonio á la presencia de las diez ciudades, que significan los diez mandamientos, por cuya observancia nos vemos libres del poder del inferno.

Desde el primer prodigio que obró el Salvador con el hombre sordo y mudo, prohibió á los que fueron testigos que dijesen lo que habian visto. Acaso fué día de sábado; pero ninguno se creyó obligado á una obediencia, que la admiracion, la general alegría y el agradecimiento, hacian como imposible. No lo mandó con precepto de obligacion, sino solamente para enseñar á los hombres que debian humillarse á ejemplo suyo, por grandes y maravillosas que fuesen las buenas obras que hiciesen, observándose indistintamente esta misma prohibicion en todas las ocasiones en que obró su Majestad los portentos mas extraordinarios. Dos razones señala particularmente san Agustin [3] como muy principales, por las que dice impuso Jesucristo esta prohibicion: la primera, para enseñarnos que ninguno debe vanagloriarse en las virtudes y maravillas, sino solo

[1] Div. Gregor. Hom. 30 in Ezechiel.

[2] Isaías cap. 65.

[3] Div. August. De Consensu Evangelist.

en la cruz de Cristo y en el abatimiento y menosprecio. La segunda, para que en las mercedes y beneficios que á otros hiciéremos, nunca busquemos por ello nuestra alabanza propia. Mas porque los que reciben tales beneficios, conviene que siempre alaben á los bienhechores, por esto permitió el Señor que cuanto mas les mandaba que callasen para acreditar su grande humildad, tanto mas se empeñaban los circunstantes en publicar la magnificencia, la grandeza y la misericordia de tan singular Bienhechor, diciendo á voz en grito: Bien lo ha hecho todo; ha dado oido á los sordos y habla á los mudos. Los bienes que Dios quiere publicar para exaltacion de su gloria, no quedarán escondidos ni olvidados por la humildad del instrumento con que los obre.

Con notable estudio escribe san Gerónimo [1], dijo el evangelista, *hizo bien el Señor todas las cosas*; para que entendamos que no basta al hombre hacer buenas cosas si no fueren bien hechas. Son bien hechas, cuando para obrarlas se pide la ayuda de Dios nuestro Señor, y cuando se destierra la vanagloria que de ellas puede venir. Si por ventura hiciéremos alguna cosa buena que sea digna de alabanza, no la debemos ensalzar ni predicar para esperar por ella el favor del pueblo; al contrario, tenemos un deber de encubrirlo con humildad; por lo que dice san Agustin [2]: El que tiene virtudes, procure conservarlas huyendo de la vanagloria; porque el menosprecio de ellas es tenido por cosa muy loable á la presencia de Dios. El que menosprecia las alabanzas de los lisonjeros, es estimado del Señor y de sus santos; y aun los que en el mundo son prudentes segun Dios, le alaban y engrandecen; y san Crisóstomo concluye [3]: Perversa cosa es la vanagloria, aunque es muy codiciada; es vicio que manifiesta profunda ignorancia, y los que de él son poseidos, dificultosamente abren los ojos por lo mucho que se amen á sí y á sus cosas. Este vicio es el que corta y aparta de los cielos y clava en la tierra los miserables corazones que ya tiene cautivos sin dejarles ver la luz verdadera. Este vicio engendra la ava-

[1] Div. Hieronim. in cap. 7 Marci.

[2] Div. August. lib. 5. De Civitate Dei cap. 19.

[3] Div. Crisóstom. Hom. 2 in Joann.

ricia, causa envidias, acusaciones y asechanzas. Este vicio ama y provoca á los que no han recibido mal ni daño alguno, contra los que ninguna cosa hicieron de mal; no conoce ni la lealtad, ni la amistad; y el que cae en esta enfermedad asquerosa, pierde á todo la vergüenza, despidiendo de su corazon todos los medios que le pueden provocar á ser humilde, y viene el hombre miserable á no tener amigos, porque todos se burlan de él; jamás le dicen la verdad, sino alabanzas y lisonjas, sintiendo en su corazon muy al contrario de lo que dicen.

Preciso es pues que el hombre que quiere vivir con arreglo á la ley santa del Señor, vele constantemente por recibir y conservar en su corazon la preciosísima virtud de la humildad, huyendo de los lisonjeros que le hacen burla y escarnecen; pretenda el hombre ser alabado de Dios en el cielo, á la presencia de todos los santos, para lo cual es forzoso que sea despreciado en la tierra. La verdadera honra que se goza delante de Dios, es despreciar la de este mundo y no hacer cuenta con las vanidades de la tierra, sino conformarse con la voluntad de aquel que con la mas escrupulosa diligencia examina todas las intenciones y escudriña todos los corazones. Procure el hombre ser alabado de Dios y de los moradores de la patria celeste, de donde le ha de venir todo bien, y de cuya mano ha de recibir todas las mercedes; porque así asegurará sin disputa su sólida y eterna felicidad y gloria.

Tres dias empleó el Señor en el ejercicio de estas obras de caridad, á las que siempre atentas las turbas seguían sin intermision al Maestro divino atraídas de la snavidad y dulzura de sus palabras, y como encantadas y enajenadas en la contemplacion de sus bondades y misericordias. Tantos milagros empero vinieron á sellarse con uno mas general aun y mas estupendo. Llamó su Majestad á su alrededor á sus apóstoles que se habian separado entre las turbas, y fijando sus ojos en la muchedumbre, les dijo: Verdaderamente estoy compadecido de este gran pueblo. Ya veis que tres dias hace están empeñados en seguirme y no dejarme; ellos han consumido cuanto tenían de provision; algunos han venido desde muy lejos; si en este estado los despido, les faltarán las fuerzas en el camino. Yo no puedo resolverme á ello, y es preciso darles de

comer. Pocos son, y ojalá no lo fuesen tanto, los que con la ansia de buscar y seguir á Cristo, se olvidan de su propia comodidad, y aun de las necesidades de la vida. A los ojos de la sabiduría humana fué imprudente este pueblo, exponiéndose á perecer de hambre por no abandonar el alimento interior del espíritu. A los ojos de la religion fué muy cuerdo y digno de ser premiado con una de las grandes maravillas del Salvador. ¡Oh, qué leccion tan importante es la que á todos dió Jesús en esta ocasion! No teman ser abandonados de la Providencia los que ante todas cosas buscan el reino de Dios y su justicia, porque ninguna de todas las cosas necesarias para los medros de su espíritu les han de faltar.

A sus discípulos llamó Jesús antes de obrar el milagro, como para hablar y consultar con ellos; y esto fué, segun dice san Gerónimo [1], para dar ejemplo á los maestros de no menospreciar el consultar las cosas con los menores, y que en algunos tiempos y ocasiones les pidan consejo, aunque los discípulos sean menores y los maestros mayores y mas sabios. Y para que entendiesen al mismo tiempo la grandeza de la maravilla que queria obrar por la consulta que con ellos hacia y la magnificencia de su misericordia. Trata el Señor con sus discípulos la necesidad de los pobres, para moverlos á compasion; permite la hambre en los pobres, para obligarlos á que acudan á él; y enseñar á los ricos que de él han recibido sus bienes, á que usen de compasion con aquellos. Las palabras de Jesús son un claro indicio de su misericordia. *Compadecido estoy, dijo, de esta gente.* ¡Oh, qué dulce y carifiosa es esta palabra! Ella sola penetra las entrañas y el corazon; no hay otro Señor que así tenga compasion de nuestras miserias y necesidades, como es nuestro Hacedor, cuya misericordia es sobre todas sus obras. Como verdadero hombre se compadece de nosotros; y como verdadero Dios nos harta y mantiene. Dos razones da al Salvador en favor de las turbas: La primera, la larga paciencia que habian tenido, siguiéndole por espacio de tres dias. La segunda, es la necesidad que la gente tenia; por cuanto añade, y no tienen que comer: haciéndolos notar su Majestad que si la despedia sin comer, podrian desfa-

[1] Div. Hieronim. in cap. 15 Math.

llecerse en el camino y perecer. ¡Pero cómo habian de desfallecer ó perecer, si estaban con el Salvador del mundo y habian de marchar con su bendicion! ¡Cuán mal imitado es el Salvador de los opulentos y ricos que despiden de sus casas en ayunas á los hambrientos y no alargan su mano para socorrerlos! No tienen estos las entrañas benignas del Salvador, que tenia el desfallecimiento de las turbas en el camino. Mas quieren algunos que sirva el dinero para cobar su propia avaricia, que para socorrer la necesidad ajena. Por no alargar estos la mano á su tesoro, hubieran dejado morir de hambre á los que Cristo dió de comer á costa de un milagro.

De lejos dijo Cristo que habian ido en su seguimiento. ¡Grande fe! ¡Heroica esperanza! ¡Caridad asombrosa! De lejos habian ido, pero cargados de toda clase de enfermos, porque creian firmemente que el Señor era poderoso para darles la salud, y esperaban de su misericordia recibir el beneficio que apetecian. No podia pues el Señor ser insensible á esta tan grande demostracion de fe, esperanza y caridad. De lejos viene á Dios el que clama á él desde lo profundo de su pecado; de lejos viene el que ha corrido largo tiempo por la senda de la perdicion, está encallecido en los vicios, y corre apresuradamente al Señor para que le sane ó descargue la pesada carga de las culpas. ¡Oh, qué consuelo es para los que vienen de lejos, saber que los aguarda la misericordia infinita, precisamente para alimentarlos, descargarlos y socorrerlos! De esta misericordia dió una prueba con sus palabras antes que llegasen las obras. Si los dejare así ayunos y fatigados de trabajo y de hambre, desfallecerán en el camino; y así es necesario darles de comer. Es de notar, que es tanta la virtud del Criador y la necesidad que de él tiene la criatura, que si la desamparase un solo punto, luego desfalleceria.

Los discípulos de Jesús, cuya fe era todavía flaca, cuya esperanza era tambien algo débil, y porque no entendian lo que debian esperar, ni conocian toda la virtud de su Maestro, ni hasta dónde llegaba su poder, ni se acordaban de sus primeros milagos, asombrados y como fuera de sí le dijeron: ¡Cómo podrá nadie hartar á estos, ó de dónde se les puede dar de comer en esta soledad? Certo es el poder del hombre, escasa es, no hay duda, su provision, aun

para las necesidades mas comunes de la vida. ¡Cuántas veces hubiéramos perecido, si dependiéramos solo de lo que otro hombre nos pueda dar! Este gran vacío de la flaqueza humana lo suple la viva fe, llevándonos con Dios para que imploremos su auxilio en las necesidades de la vida. Nunca han temido morir de hambre los que con viva fe buscan á Dios en el desierto de este mundo: para inspirar pues el Salvador esta tan viva fe á sus discípulos, les preguntó: ¡Cuántos panes teneis? No lo preguntó ignorando lo que tenian, sino porque de su propia respuesta resaltase mas el milagro. No lo preguntó para aprender, sino para darles á conocer su necesidad y obligarles á que la confesasen. Mejor hubieran respondido: Vos, Señor, si quereis, lo podeis fácilmente remediar: con solo querer, podeis convertir en pan todas las piedras de este desierto. Esto era lo que naturalmente debia haberles sugerido el suceso de Bethsaida, de que habian sido testigos algunos meses antes. El modo con que les manifestaba Jesús su compasion con un pueblo hambriento y fatigado, les daba bien á entender su buena voluntad para hacer que previesen una nueva multiplicacion milagrosa. Siete, Señor, son los panes que tenemos, contestaron los discípulos, y algunos pececillos. Bien se echa de ver que todo era poco para tanta multitud de personas, en lo cual se descubre la templanza y abstinencia que tenian el Salvador y sus discípulos en la comida y bebida, porque no usaban la comida de carne, sino unos peces, y aun no de los grandes, sino pocos y pequeños.

Cerciorado Jesús de la provision con que contaban sus discípulos, mandó que la muchedumbre se sentase en la tierra, debiéndose notar que cuando dió en otra ocasion de comer á las turbas en el desierto, advierte el Evangelista que habia mucho heno en aquel lugar; mas ahora habia faltado ya la yerba, porque segun nota Orígenes y otros varios autores, este milagro se obró en el invierno; y aun creen algunos que fué en el mismo dia de la Epiphania del Señor, cuando otros muchos se obraron en el mismo dia por él. Es muy verosímil se guardase en esta segunda ocasion el mismo orden que en la primera; y mientras que se ocupaban los discípulos en dividir por clases ó turmas los presentes, tomó el Redentor divino los siete panes, bendíjolos, y dió gracias á su Padre celestial.

por el poder que le habia dado. Tomó asimismo los peces y los bendijo. Vinieron después los apóstoles, y á su presencia partió el pan y dividió los peces, mandándoles que todo lo fuesen repartiendo entre la muchedumbre. Comieron todos de este pan milagroso y de los peces bendecidos por el Señor, cuánto quisieron; y recogiendo después los mismos apóstoles las sobras que restaban, llenaron con ellas siete canastas, siendo el número de los que se habian alimentado cuatro mil hombres, sin contar entre ellos á los niños ni á las mujeres.

Notable es la diferencia que hay entre la primera y la segunda refeccion. En aquella, que se obró con la multiplicacion de cinco panes, estaba figurada la doctrina del Viejo Testamento encerrada en el Pentatheuco ó en los cinco libros de Moisés; y aqui se revela la del Nuevo Testamento, á donde con mayor amplitud se manifiesta la verdad y se da la gracia de los siete dones del Espíritu Santo, y son prefigurados los siete sacramentos y las siete virtudes, esto es, las tres teologales y las cuatro cardinales. En la primera refeccion eran los panes de cebada y en esta eran de trigo, para manifestar cuánto mas deleitable, clara y sabrosa es la doctrina del Nuevo Testamento que la del Viejo. En la primera refeccion sentáronse las turbas sobre el heno verde y en la segunda sobre la tierra, para demostrar que en la ley vieja se prometian á los hijos de Israel las cosas de la tierra, y en la ley de Gracia se enseña á los cristianos que las menosprecian todas, con las riquezas y deleites; y lo que es mas, que se renuncien y desprecien á sí mismos para hallar mas fácilmente á Dios y seguirle con mas libertad. Por último, es de notar que en la primera refeccion se alimentaron cinco mil hombres, segun el número de los panes y segun el de los sentidos corporales, á cuya sensualidad se daban los profesores del Testamento Viejo; y en esta segunda no lo fueron sino cuatro mil, que simbolizan los varones espirituales por la perfeccion de los cuatro Evangelios ó por el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales, con las cuales viven los virtuosos vida espiritual y sin defecto. Con todo, lo que quiso el Maestro Soberano hacernos entender, no solo la gran diferencia que hay entre la antigua y nueva ley, sino que comprendiésemos que fijando nuestra vista en la vida perdurable, y aborre-

ciendo como debemos todo lo de la tierra, debemos por lo mismo repartir á los pobres lo sobrante de todos nuestros bienes, porque esta liberalidad y largueza nos acrecienta los temporales y nos asegura los espirituales.

Viendo ya el Salvador á todos los enfermos curados y alimentadas las turbas, y por consiguiente con fuerzas bastantes para emprender su viaje, despidió con su bendicion santa aquel numeroso concurso. Es de creer que después de tantos y tan señalados beneficios seria para el pueblo un momento doloroso y sensible el de la separacion del Señor, pero fué preciso resolverse á ello; y para precisar á la marcha á los que todavia querian detener á su Majestad, subió á una barca juntamente con sus apóstoles. Dióles órden que lo condujesen á *Dabmanutha*, lugar ó villaje situado en el territorio de *Magedan*, en la misma costa de Capharnaum, pero mucho mas al Norte subiendo al nacimiento del Jordan. Este canton, como el de la Phenicia, estaba poblado de judíos y gentiles; unos y otros estaban separados en diferentes *burgos*, y no tenian entre sí mas comercio que el indispensable. Por estos viajes de Jesús se deja ver que su designio era anunciar el reino de su Padre en todos los parajes donde habia israelitas establecidos; pero tambien se trasluce que de todas partes le salian al encuentro los fariseos, y que fuesen cuales fuesen sus milagros y doctrinas, siempre eran aquellos sus injustos detractores y sus mas implacables enemigos. En los dias que empleó el Señor en visitar y recorrer los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, al Oriente del mar de Galilea, en la tribu media de Manasés, se le presentaron una porcion de escribas y fariseos, mas bien para tentarlo ó cansarlo con sus preguntas, y poner su paciencia á prueba de su malignidad, que para saludarlo; llevando consigo un crecido número de saduceos, sociedad perversa de incrédulos, cuyas doctrinas eran enteramente contrarias á la ley de Moisés; pero el Señor les confundió y reprochó como en todas ocasiones, y continuó predicando á los crédulos y sencillos la venida del Mesías al mundo y al establecimiento del reino de su Padre.

NOTA. Como lo contenido en este capitulo comprende tres parajes enteramente distintos, los que usa la Iglesia como Evangelios

propios de otros tantos dias, se pone á continuacion la oracion propia para cada uno de ellos.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DE LA CANANEA.

¡Señor mio Jesucristo! yo, miserable pecador, humillado en tu divina presencia, te ruego y suplico que me ayudes en todas mis necesidades, tentaciones, tribulaciones y vejámenes con que me veo continuamente tentado y atribulado: si en tu presencia, Señor, soy como un perro vil, y como tal indigno de recibir de tí un pan entero, esto es, la multitud y grandeza de tus dones, no me niegues algunas pequeñas migajas de los consuelos de tu gracia, porque sin esta refeccion santa mi alma es siempre muy malamente atormentada del poder del demonio; pero con ella presto se verá libre de tan feroz dominador, cualquiera que sea la minima parte que me concedas. Bien sé que no dilatas tus dones para negármelos, sino para aumentar en mí con la tardanza el deseo, con el deseo la esperanza, con la esperanza la fervorosa oracion, y con la oracion la humildad, á quien está prometida la gracia. Aunque huyas de mí, Dios mio, yo te seguiré; aunque calles, te invocaré; aunque me deseches, no desistiré: humillado por tí, confiaré en tí y avivaré en mi pecho el amor á que nunca resistes. Y si me dices que no es para los perros el pan de los hijos, te volveré á pedir que me trueques en hijo tuyo, porque existiendo tu gracia en mi alma serán borrados todos sus pecados y ella quedará hija adoptiva tuya, y entonces brillarán en ella tu misericordia y tu gracia por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL SORBO Y MUDO.

¡Señor mio Jesucristo! ven por la ciudad de Sidonia, esto es, por la predicacion que es figurada en ella, y ven al mar de Galilea, que es el mar de la contricion, de la confesion y de la satisfaccion.

y ven por medio de la caridad, la cual se contiene y obra dentro los diez mandamientos: apártanos de la compañía de los malos y de las tentaciones diversas; tócanos el entendimiento y voluntad con la saliva de tu sabiduria y amor; desátanos el vinculo de nuestra lengua, para que podamos confesar nuestras culpas y hablar perfectamente huyendo las alabanzas de los hombres; y solamente oigamos lo que nos conviene para cumplir en todo tu santísima voluntad. Ven á mí, Jesús mio, y ven á todos los pecadores; ven á los que están obligados á escucharte y á hablar de tí; y con el imperio de tu voz di á cada uno de nuestros corazones: Abrete; y al punto se abrirá nuestro oido interior, seremos dóciles á tu palabra, no se empleará nuestra lengua sino en publicar y procurar tu gloria, hablando claro lo que manda tu ley, y divulgando y anunciando tus misericordias sin fin á todos los pecadores, para que se conviertan y en la gloria eternamente te alaben. Amen.

ORACION.

SOBRE LA MULTIPLICACION DE LOS SIETE PANES Y PECES.

¡Señor mio Jesucristo, Dios de bondad! compadécete de todas las criaturas, y pon tus ojos clementísimos en los penitentes, que somos principiantes en la virtud y en los que con perseverancia aprovechan; ponlos tambien en los contemplativos y perfectos para que perseveren en los tres dias del desierto, que es en el primero por la contricion, en el segundo por la confesion, y en el tercero por la satisfaccion, ayudándonos para que alcancemos victoria contra el mundo, el demonio y la carne: alimbranos corporal y espiritualmente, pues todos esperamos de tí el perdon y la gracia. Mantiene, Señor, á los primeros, dándoles discreta solicitud, cautela, indignacion, temor, deseo, celo y venganza de sí mismos; harta á los segundos por el espíritu de temor, de piedad, de ciencia, de fortaleza, de consejo, de entendimiento y de sabiduria; consueta á los terceros por los tres dotes del alma y por los cuatro del cuerpo. Sé tú mi pan, cuya comida dé vigor á mi espíritu y no le deje hallar sabor en las viandas podridas del mundo. ¿Quién, sino tú, joh

maná escondido! puede ser verdadero alimento, medicina y hartura de mi corazón? Gracias te doy, oh sagrada víctima, oh pan celestial! porque has tenido lástima de tu pueblo y le has amado hasta el extremo de hacerte su manjar en el desierto de este mundo y su viático, para emprender el camino recto que conduce á la patria celestial y dichosa. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el XII de san Mateo, versículos 38 al 50. En el capítulo XV del mismo, versículos 21 al 39. Y en el XVI del propio, versículos 1 al 4: en san Marcos, capítulo III, versículos 31 al 35; capítulo VII, versículos 24 al 37; capítulo VIII, versículos 1 al 12. En san Lucas, capítulo VIII, versículos 19 al 21; capítulo XII, versículos 54 al 57; capítulo XI, versículos 24 al 32.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio para el Evangelio de la misa del jueves de la primera semana de cuaresma, desde el versículo 21 hasta el 28.

Y del de san Marcos en el capítulo VII para el Evangelio de la misa de la Dominica undécima después de Pentecostés, desde el versículo 31 al 37.

Y del contenido del capítulo VIII para el Evangelio de la misa de la Dominica sexta después de Pentecostés, desde el versículo 1 al 9, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 21 al 28.

En aquel tiempo habiendo salido Jesús de allí, retiróse hácia el país de Tiro y de Sidon. Y he aquí que una mujer cananea venida de aquel territorio clamó diciéndole: Ten misericordia de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. Mas El no le respondió palabra. Y acercándose sus discípulos, intercedían por ella diciéndole: Concédete lo que pide á fin de

que se vaya; porque viene gritando tras nosotros. Mas él respondió: No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. No obstante ella se llegó y le adoró diciendo: Señor, socórreme. El respondió: No es bien tomar el pan de los hijos y echarle á los perros. Mas ella dijo: Sí, Señor, porque tambien los perillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Respondióle entonces Jesús diciendo: ¡Oh mujer! grande es tu fe: sea hecho contigo como quieres. Y quedó sana su hija en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XI DESPUES DE PENTECOSTES.

San Marcos, cap. VII, vs. 31 al 37.

En aquel tiempo dejando Jesús otra vez los confines de Tiro, vino por Sidon al mar de Galilea, atravesando el país de Decápolis. Y habiéndole presentado un hombre sordo y mudo, le rogaban que le impusiere las manos. Y tomándole de entre la gente le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua, y alzando los ojos al cielo arrojó un suspiro y dijo: *Epheta, esto es, abríos.* Y al punto se le abrieron los oídos y se le soltó el impedimento de la lengua y hablaba claramente. Y les mandó que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto mas se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban y tanto mas crecía su admiración, y decían: ¡Todo lo hizo bien! ha dado oído á los sordos y habla á los mudos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA VI DESPUES DE PENTECOSTES.

San Marcos, cap. VIII, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo siendo muy numeroso el pueblo que estaba con Jesús y no teniendo que comer, llamó á sus discípulos y les dijo: Compadezco á esta gente, porque ya hace tres días que están con-

migo y no tienen que comer. Y si los envío ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿Cómo podrá nadie hartar á estos de pan aquí en el desierto? Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Entonces mandó á las gentes que se recostasen en tierra. Y tomando las siete panes, dando gracias, los partió, y dábaseles á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente, y los distribuyeron. Tenían tambien algunos pececillos, bendijolos asimismo y mandó distribuirlos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuertas. Siendo al pié de cuatro mil hombres los que habian comido; en seguida Jesús los despidió.

CAPITULO VII.

MANDA JESUS A SUS DISCÍPULOS QUE SE GUARDEN DE LA MALA LEVADURA; DA VISTA A UN CIEGO EN EL CAMINO DE BETHSaida; Y HABIENDO LLEGADO A CESAREA DE FILIPPO, ELOGIA Y PREMIA LA FE DE SAN PEDRO Y EXHORTA A SUS DISCÍPULOS A QUE LE SIGAN E IMITEN LOS EJEMPLOS DE SU PASTOR.

Hemos dicho al fin del anterior capítulo, que habiendo llegado el Señor á los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, se le presentaron una comparsa de fariseos y saduceos para tentarle, pidiéndole, como ya lo habian hecho en otras ocasiones, que les hiciere ver algun nuevo signo ó señal del cielo. Es de advertir que los saduceos, como tambien dijimos, eran una generacion de incrédulos enteramente contrarios á la ley de Moisés. Eran una de las cuatro sectas principales que habia entre los judíos; hacian poco ó ningun caso de las tradiciones de los antiguos, que tanto apreciaban los fariseos, y se atenan, como los *caraitas*, á la letra de la Escritura. Negaban la inmortalidad del alma, la resurreccion de nuestros cuerpos, la existencia de los espíritus. Como creian que toda la recompensa de los buenos consistia en dichas y felicidades que disfrutaban sobre la